

Los esclavos

La terrible carimba

Cuando llegaban a Buenos Aires, se llevaba a cabo el “palmeo” que consistía en medirlos según una unidad de medida llamada *palmas* (21 cm).

En base a esto se los clasificaba según el tamaño. Así, todos los individuos, sin importar condición o sexo, eran denominados "cabezas de negro" —en abierta comparación con el ganado.

Más puntualmente una "pieza de India" era un hombre o una mujer de contextura robusta que mediara entre los 15 y 30 años, sin defecto alguno y con todos sus dientes. Los que no alcanzaban las condiciones anteriores se llamaban "cuarto".

Los recién llegados recibían el mote de "negro bozal" mientras que los que ya tenían un año de esclavitud americana se los conocía como "negros ladinos".

A los que eran muy altos se los reservaba para la construcción y los llamaban: "negro de asta"; a los más jóvenes le correspondía "muleque" y "mulecón" (según tuvieran menos de 15 años o menos de 18, respectivamente).

Sin embargo, el mayor horror no estaba en esta clasificación "ganadera" de seres humanos, sino en lo que seguía: la *carimba*.

De origen portugués —como casi todos los términos "esclaveros", —esta palabra designaba al hierro para marcar esclavos después del palmeo. Una vez más, la "yerra" humana se llevaba a cabo justo al lado de la anterior. En este caso, ya no era el índice de propiedad del traficante sino de la compañía compradora o del particular mayorista. Tras más de doscientos años de uso constante, esta cruenta práctica fue suspendida en el año 1784.



Diferentes modelos de “Carimba” o yerra humana



Ya marcados y clasificados eran finalmente conducidos al *Asiento de negros*, construcción destinada a mantener en cuarentena a los recién desembarcados para curarlos de la debilidad del viaje, de las llagas de los grilletes, y engordarlos a fin de ser vendidos a buen precio.

En suma, si continuamos con las espantosas metáforas ganaderas iniciadas por los esclaveros, se podría decir que este *Asiento de negros* no era otra cosa que un "campo de invernada" para seres humanos.

Tanto "cuidado" se debía —como ya dijimos— a que la mayoría estaba destinada a seguir viaje rumbo al norte; sin embargo, algunos quedaban aquí para el servicio doméstico, una esclavitud relativamente "liviana" en comparación con otras.

La posesión de un esclavo en el Río de la Plata era considerada una muestra de prosperidad y riqueza por cuanto su precio era altísimo y su rendimiento económico prácticamente nulo. Había casas pudientes, según recuerda José Antonio Wilde: *en las que se contaba con más de una docena de esclavos; ignoramos qué clase de ocupación podría dársele a tantos.*

También solían comprarlos artesanos no muy adinerados para que, por ejemplo, el negro vendiera por las calles algo que su amo fabricaba. A veces el Cabildo también adquiría esclavos para distintas tareas, como la de pregonero o verdugo. Incluso las órdenes religiosas buscaban tener esclavos para aligerar la tarea de los indios reducidos o de sus propios miembros.

Bibliografía

La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999